



se encomienda explícitamente la tarea de construir la paz mediante la educación, la ciencia, la cultura y la comunicación, recuerda en el preámbulo de su Constitución que son los “principios democráticos” de la justicia, libertad, igualdad y solidaridad los que deben iluminar esta gran transición desde una cultura de violencia y guerra a una cultura de diálogo y conciliación. Fue desde la Unesco donde se inició el gran programa, en la década de los noventa “Hacia una cultura de paz”.

La Declaración y Programa de Acción sobre una Cultura de Paz, aprobada en el mes de septiembre de 1999, establece que la cultura de paz es un conjunto de valores, actitudes y comportamientos que reflejan el respeto a la vida, al ser humano y a su dignidad. En el Plan de Acción se contienen las medidas de índole educativa, de género, de desarrollo, de libertad de expresión, que deben ponerse en práctica para la gran transición de la fuerza a la palabra: fomentar la educación para la paz, los derechos humanos y la democracia, la tolerancia y la comprensión mutua nacional e internacional; luchar contra toda forma de discriminación; promover los principios y las prácticas democráticas en todos los ámbitos de la sociedad, combatir la

pobreza y lograr un desarrollo endógeno y sostenible que beneficie a todos y que proporcione a cada persona un marco de vida digno; y movilizar a la sociedad con el fin de forjar en los jóvenes el deseo ferviente de buscar nuevas formas de convivencia basadas en la conciliación, la generosidad y la tolerancia, así como el rechazo a toda forma de opresión y violencia, la justa distribución de la riqueza, el libre flujo informativo y los conocimientos compartidos.

### **La paz es condición y resultado. Hay que identificar las causas de conflictos para prevenirlos.**

En el Manifiesto 2000 –Año Internacional para una Cultura de Paz– suscrito por más de 110 millones de personas de todo el mundo, se establece “el compromiso, en mi vida cotidiana, en mi familia, en mi trabajo, en mi comunidad, en mi país, en mi región a: respetar todas las vidas; rechazar la violencia; liberar mi generosidad; escuchar para comprenderse; preservar el planeta; y reinventar la solidaridad”. De esto se trata, de involucrarnos, de implicarnos en este pro-

ceso que puede conducir, en pocos años, a esclarecer los horizontes hoy tan sombríos y permitir la convivencia pacífica de todos los habitantes de la tierra.

Son ya muchos los países, regiones, municipios que han incorporado la cultura de paz a sus constituciones o estatutos. Es muy importante que esta inclusión se vaya generalizando, pero es más importante todavía la conciencia popular de que ha llegado el momento de no aceptar más la imposición y la obediencia ciega al poder, porque los ciudadanos están dejando de ser súbditos, están dejando de ser espectadores para ser actores, están abandonando el silencio y el miedo para dejar de ser vasallos y convertirse en agentes de paz.

Hoy, la participación no presencial –a través de la telefonía móvil por el sms, o por internet– permite ya un cambio radical en lo que constituye el fundamento de toda democracia, la consulta popular.

En estos diez años, se han llevado a cabo muchas cosas. Pero la inercia de los intereses creados, la resistencia de los más prósperos a compartir mejor, se oponen al advenimiento de la cultura de la paz, de la palabra, de la alianza, de la comprensión.

Pero pronto cederán. Ha llegado el momento. □

# Otras perspectivas

## Conflictos y sociedades

**Roberto Savio**

FUNDADOR Y PRESIDENTE EMÉRITO DE IPS Y DEVNET, ENTRE OTROS

Mientras la guerra en Irak desencadenó manifestaciones masivas en todo el mundo, el aumento del número de combatientes en Afganistán sólo genera pequeños debates en algunos pocos parlamentos. Obviamente, la intervención en Afganistán es mucho más “legítima” que la invasión de Irak, basada en los falsos presupuestos de la existencia de armas de destrucción masiva, o la complicidad de Sadam Husein en la destrucción de las Torres Gemelas.

Pero, no deja de ser significativo que la guerra, con sus altos costes humanos, sea ya aceptada como algo inevitable, con una resignación incluso desde el mismo movimiento por la paz en el mundo.

Lo cierto es que el hombre tiende a activar el conflicto como algo natural y espontáneo. La existencia de una sociedad de leyes y de reglas es la que logra controlar algo esta tendencia.

Con el pasar de los siglos, los principios y los valores aceptados por las sociedades, antes a escala nacional y después a nivel internacional (estamos todavía lejos de llegar a un punto aceptable), se han ido afinando. Por ejemplo, ahora se ha comenzado a admitir que pueda haber intervención humanitaria internacional en caso de situaciones de conflicto que afecten a muchos civiles inocentes. Es decir: las guerras

no tienen que superar ciertos límites de barbarie.

La pregunta hoy es: ¿se podrían volver a destruir Dresden o Hiroshima, sin un reproche moral mundial, que en estos dos ejemplos de aniquilación de civiles (y no de objetivos militares), no se dio en la conciencia de la época?

En otras palabras, los conflictos sólo pueden tener como límite el nivel de civilización en el cual se desarrollan. Cuanto más primitiva es una sociedad, más frecuentes son los conflictos y la muerte de civiles inermes, de mujeres y niños.

Pero, pongamos por caso, que un extraterrestre desembarca en una ciudad del planeta Tierra, se presenta ante los ciudadanos atónitos, y pregunta dónde está. Supongamos que algún humano le vaya explicando la existencia de naciones y los pueblos. Y que el extraterrestre le